

Entrevista con Jorge Herralde

Dunia Gras Miravet

En 1999, el editor Jorge Herralde celebró el treinta aniversario de la creación de Anagrama. A lo largo de estos años ha mantenido, contra viento y marea, no sólo la independencia económica sino también la del criterio editorial en todo momento. La intuición le ha llevado a explorar territorios literarios a veces poco transitados que más de una vez han sorprendido al público para acabar cautivándolo. Cada título que añade a su catálogo contribuye a «escribir» lo que él mismo ha denominado, en alguna ocasión, su particular «novela-río».

—El premio Herralde de 1997 fue para Jaime Bayly, el de 1998 para Roberto Bolaño y en el de 1999 ha quedado finalista Andrés Neuman, ¿es sólo una coincidencia, o es que su editorial está prestando una mayor atención a la narrativa hispanoamericana actual?

—Yo diría que el único patriotismo de la editorial es el patriotismo literario: siempre hemos premiado las novelas que nos han parecido más interesantes. Precisamente, en el segundo año el ganador fue un escritor mexicano, Sergio Pitlor, un gran amigo, que ahora ha recibido el Premio Juan Rulfo, se lo entregarán en la próxima Feria de Guadalajara, el premio más importante otorgado en América Latina para la obra de una vida. Y luego, en algunos casos, ha habido otros escritores que han quedado finalistas, como la argentina Luisa Futoransky, el colombiano Evelio Rosero Diago, el uruguayo Roberto Fernández Sastre, en dos ocasiones. Es decir, que no ha habido ningún desdén deliberado, ni muchísimo menos, por la literatura latinoamericana. Sin embargo, el reflujó del *boom* y del *post-boom* coincidió con la creación del premio; no parecían surgir alternativas con la fuerza que tuvo aquel grupo extraordinario, y, sobre todo, coincidió también con la pujanza de la llamada nueva narrativa española. En cambio, ahora, por lo que hemos recibido en los últimos años, hay una presencia creciente de buena literatura latinoamericana, a la que prestamos la máxima atención. En cuanto a los casos que has mencionado, Jaime Bayly, un autor un tanto polémico por su perfil personal —quizás más aún en Améri-

ca Latina, por su condición de entrevistador y *enfant terrible* televisivo, y su temática *gay*–, pudiera parecer un escritor más o menos *light*, pero no lo es en absoluto: su última novela, *Yo amo a mi mami*, es una novela que demuestra de forma contundente que es un escritor muy serio y muy divertido.

Y, luego, Roberto Bolaño, un escritor que residía desde hacía muchos años en Blanes, un pueblecito cerca de Barcelona, agazapado en su cubil, escribiendo como un poseso. Con él tuve una experiencia curiosa: nos envió para concursar al premio, hace unos tres o cuatro años, *La literatura nazi en América*; lo leí, me gustó, pero aún no habían empezado las deliberaciones del jurado cuando recibimos una carta –no tenía ni teléfono– diciéndome que retiraba el manuscrito. Entonces yo le contesté con una nota diciéndole que me apenaba porque era un libro que, pasara lo que pasare con el premio, a mí me hubiera gustado publicar y que, si algún día venía a Barcelona, con mucho gusto hablaría con él de posibles proyectos. A los dos días me llamó, pasó por aquí, le comenté que me había interesado mucho como autor y que si no tenía ningún compromiso con la editorial que le había contratado el libro. Me dijo que no tenía ningún compromiso, pero como estaba acuciadísimo de dinero, le hicieron una oferta y la aceptó de inmediato por instinto de supervivencia. Después publicamos la novela *Estrella distante*, que es lo que él llama «literatura fractal». Es decir, a partir de un episodio, el más terrible y magnífico de *La literatura nazi en América*, hace una *expanded version* en cierta manera, una excelente novela corta. Y ahí nace nuestra relación. Luego vino el libro de cuentos, *Llamadas telefónicas*, y, finalmente, me pasó el manuscrito de *Los detectives salvajes*, que me pareció literalmente extraordinario y le animé a presentarse al premio. Se presentó y lo ganó por unanimidad, y el resto ya es historia conocida. Ganó el Premio Rómulo Gallegos, que es el premio de novela latinoamericana más importante, y le acaban de conceder el equivalente al premio Nacional de Chile, y lo han comparado a una obra de la importancia de *Rayuela*. Por otra parte, a pesar de ser un mamotreto de más de seiscientas páginas, con un *overbooking* de poetas mexicanos, está en traducción en Italia, Holanda y Alemania, lo que me parece una hazaña bastante portentosa.

Y, finalmente, este jovencísimo escritor, Andrés Neuman, nos envió una novela. Me llamó Justo Navarro recomendándomelo. Recomendaciones tenemos como varios centenares al año: sirven para que, naturalmente, se lea con atención. Pero en cuanto la leí, agradecí mucho a Justo Navarro que hubiera hecho de *go-between*. También lo animé a que se presentara al premio, y quedó finalista pero gustó muchísimo al jurado. Es decir, así como